

»tra mi ternura, tan natural y justa. El esta-
»lo en que este sitio me ha puesto es una cosa in-
»creíble. Te pido que no hables de mi debili-
»dad; debes amar y respetar mis lágrimas que
»proceden de un corazón todo tuyo.

»Si hubiese llorado tanto mis pecados, co-
»mo he llorado por ti desde que estoy aquí, me
»hallaría muy bien dispuesta para celebrar mi
»pascua y mijubileo. He pasado aquí el tiempo
»que había resuelto y de la manera que había
»previsto. Es cosa extraña una imaginación vi-
»va que representa todas las cosas como si fue-
»sen todavía. Yo no sé donde salvarme de ti,
»nuestra casa de París me mata todos los días,
»y Livry me acaba. En cuanto á ti, solo por un
»esfuerzo de memoria piensas en mí, porque
»la Provenza no está obligada á presentarte mi
»imagen, como estos lugares lo están á pre-
»sentarme la tuya. He hallado dulzura en la tris-
»teza que aquí he tenido. Una gran soledad, un
»gran silencio, un oficio triste, tinieblas cantadas
»con devoción, un joven canónigo y una belleza
»en estos jardines de que estais encantada, todo
»me ha agradado. Yo no había estado jamás en
»Livry la Semana Santa.

»¡Ay! ¡cuanto te he echado de menos! A pesar
»de lo enemiga que eres de la soledad, aquí
»habrías estado contenta.

»Pero me vuelvo á París por necesidad.»

XX.

La ausencia del rey de París, la fluctuación
de su vida en el vacío y la necesidad de volver
á pasar por las huellas de sus hermosos días de
recogimiento con su hija, la llevan á las Rocas,
al fondo de la Bretaña, durante la sesión de los
estados de la provincia donde su hijo represen-
taba á la nobleza. Allí es donde se evapora toda
su ligereza y donde la soledad á que parecía
no poder acostumbrarse la envuelve en la úni-
ca felicidad que le queda, sus recuerdos y sus
tristezas. La pérdida de la presencia de su hija
la ha vuelto otra mujer; sumérgese allí en toda
la poesía de las lágrimas, bebe lo infinito
del sentimiento y descubre esas de deliciosas
simpatías entre la naturaleza inanimada y el
alma viva que han hecho despues el genio de
Juan Jacobo Rousseau, de Bernardino de Saint-
Pierre y de Chateaubriand, y las cuales eran
misterios para los escritores de la corte pura-
mente mundana de Luis XIV.

»En fin, hija mia, héme aquí en estas po-
»bres Rocas; ¿se pueden ver estas alamedas,
»este gabinete, estos libros, esta alcoba sin
»morirse de tristeza? Hay recuerdos agradables,
»pero los hay tan vivos y tan tiernos que ape-
»nas pueden soportarse. De este número son
»los que tengo de tí. ¿No comprendes bien el
»efecto que esto puede hacer en un corazón

»como el mio?—A veces me asaltan en estos
»bosques pensamientos tan lúgubres que vuel-
»vo mas cambiada que en un acceso de fiebre;
»allí medito todo lo que se puede meditar; ten-
»go ocasión y tiempo para ello; tengo el cam-
»po libre en mi jardín para hacer lo que me
»agrada, y me agrada pasearme por él todas las
»tardes hasta las ocho; mi hijo no está aquí, y
»esto da lugar á un silencio, á una soledad y
»á un reposo que no creo se puedan encontrar
»en otra parte. Note digo en quién pienso, ni con
»que ternura! Cuando se adivina, no hay necesi-
»dad de hablar. Seguimos leyendo el Tasso
»y esa Moral de Nicolé que es admirable, y
»la Cleopatra de la señorita de Scudery en las
»horas perdidas: generalmente me duermo con
»esta lectura!»

»¡Ay! hija mia, prosigue en otra hora, ¡cuán-
»to me he paseado por la Alegría de mi hija
»(nombre que había dado en la infancia de ma-
»dama de Grignan á una calle de árboles donde
»gustaba á su hija meditar sola.) Vengo de ese
»paseo; verdaderamente esas alamedas tienen
»un encanto que no me cansa; hay seis que no
»conoces; pero las que conoces se han embe-
»llecido porque han crecido muchos los árbo-
»les; está haciendo un tiempo hermoso y seco.
»allí permanezco hasta muy cerca del anoche-
»cer; allí sobre todo tengo tiempo de amarte.
»Te doy gracias, hija mia, porque has conserva-
»do algún dulce recuerdo del patrio nido, ¿y
»por qué ha de ser imposible volverte á ver en
»estas hermosas alamedas?....»

Madama de Sévigné saca entonces de su alma
para dar interés á las cartas que escribe á
su hija todo lo que la vida del campo ofrece de
dulces vicisitudes cotidianas, de detalles do-
mésticos y distracciones familiares. Se la si-
gue en los paseos, en sus visitas á sus veci-
nos, en sus parterres, en sus noches de oto-
ño junto al hogar, en sus lecturas, en sus bro-
mas con su hijo, á quien no trata jamás seria-
mente; hasta en sus sentimientos de haber de-
jado su perra Marfisa en París y en sus remor-
dimientos de haber adoptado y querer á otra.

»Te admiras de que tenga un perrito; hé
»aquí la aventura. Un día me dió la ocurrencia
»de llamar á una perra que corría y que perte-
»nece á una señora que vive al extremo de es-
»te parque. Madama de Tarento me dijo: ¡cómo
»llamais á un perro! quiero enviaros uno, el
»mas lindo del mundo. Le di las gracias y le
»dije la resolución que había tomado de no
»ocuparme en semejantes tonterías; pero no
»obstante esta franca contestación á los dos días
»vi entrar un ayuda de cámara con una casita de
»perro toda llena de cintas y salir de esta casita
»un perrito todo perfumado, de extraordinaria
»belleza, lanas como seda, pequeño como sil-
»fide, y rubio como unas candelas; jamás me
»ví mas asombrada ni en mayor perplegidad.
»Quise devolverlo pero no consentieron admi-
»tirlo, y eso que la fámula que lo crió estuvo á
»pique de morir de dolor. Maria es la que

»está mas enamorada del perrito; se lo lleva á
»dormir á su casa, y en la alcoba de Loandeur;
»no come mas que pan; yo no hago demasiado
»caso de él; pero el pobrecito empieza á amar-
»me y temo sucumbir. Hé aquí la historia que
»te ruego no cuentes á Marfisa, porque temo
»sus reconvenções, por lo demas es de un asco
»extraordinario; se llama Fiel; este es un nom-
»bre que los amantes de la princesa no han me-
»recido llevar jamás; sin embargo han sido de
»muy buen carácter, ya te contaré algun día
»sus aventuras....»

»Lo que me dices de Fiel es muy chistoso.
»Es toda la conducta de una coqueta la que me
»observado. Verdad es que me avergüenzo y
»me justifico como has visto; porque es cierto
»que aspiraba á la obra maestra de no haber
»querido mas que á un perro, á pesar las máxi-
»mas de Mr. de la Rochefoucauld, y me veo en
»un conflicto con Marfisa, porque no sé qué
»escusa darle, esto me arrastra insensiblemente
»á las mentiras; por lo menos le contaré to-
»das las circunstancias de mi nuevo compro-
»miso. En fin, es un embarazo en que he re-
»suelto no volver á meterme jamás: es un gran
»ejemplo de la miseria humana. Esta desgracia
»me ha sucedido por la vecindad de Vitré.»

XXI.

La ligereza, los amores y los arrepentimien-
tos de su hijo son el texto habitual de sus con-
fidencias á su hija, pero él no es mas que el
objeto de su jovialidad que lo sacrifica sin cesar
á la sonrisa de su hermana.

»Cuando antes de ayer acababa de pasear-
»me, hallé al final de la alameda al frater, que
»se postró de hinojos en cuanto me vió, reco-
»nociéndose tan culpable por haber estado tres
»semanas debajo de tierra cantando á maitines,
»que creía no poder acercarse á mí de otra ma-
»nera. Aunque había resuelto reñirle, no supe
»donde hallar un poco de cólera, ni aun pude
»disimular el gusto de verle. Ya sabes qué di-
»vertido es; me abrazó mil veces; me dió las
»peores razones del mundo, que tomé por bue-
»nas. Hablamos mucho, leemos, nos paseamos
»y concluiremos así el año, es decir, el resto.»

Sin embargo amenizó su soledad con visi-
tas á los señores de Chaulnes; es preciso leer
aquellas triunfantes descripciones de los Esta-
dos, en que se siente trasportado á plena Bre-
taña del siglo XVII.

Junio 1671. «No sé todavía, escribe á su
»hija, lo que me harán los Estados; creo que
»huiré de miedo de verme arruinada. Es mag-
»nífica cosa ir á gastar mil escudos en frica-
»sés y en comidas por el honor de ser la casa
»de recreo del caballero Chaulnes y su esposa,

»de madama de Rohan, de Mr. de Lavardin y de
»toda la Bretaña, que sin conocerme, por el pla-
»cer de remedar á los demas, no dejarán de
»venir aquí. Veremos.

»Fuí á comer el lunes á casa de Mr. de Chaul-
»nes, que hace celebrar los Estados dos veces
»al día, por temor de que vengan á verme. No
»me atrevo á decirte los honores que me hacen
»en esos Estados; esto es ridículo. Sin embar-
»go todavía no me he acostado, y no puedo
»dejar mis bosques ni mis paseos por mas que
»me lo ruegan.»

Agosto 1671. «En fin, querida mia, héme
»ya en plenos Estados, sin lo cual los Estados
»estarían en plenas Rocas. El domingo pasado,
»apenas había concluido de cerrar mis cartas,
»vi entrar cuatro carrozas de seis caballos en
»mi palio, con cincuenta guardias á caballo,
»muchos caballos ensillados y muchos jueces
»á caballo. Eran los señores de Chaulnes, Rohan,
»Lavardin, Coetlogon, Locmarie, los barones
»de Guais, los obispos de Rennes, de Saint-Ma-
»lo, los de Argouges y ocho ó diez que no co-
»nozco; olvido á Mr. de Haronis, que no vale
»la pena de ser nombrado. Recibo todo esto;
»se dicen y se contestan muchas cosas. Des-
»pues de un paseo en que se manifestaron muy
»contentos, salió del extremo de una calle de
»árboles una colación muy buena y elegante,
»y sobre todo vino de Borgoña que pasó como
»el agua de Forges, creyendo todos que esto se
»había hecho al golpe de una varita mágica.
»Mr. de Chaulnes me hizo mil instancias para que
»pasara á Vitré. Fui, pues, el lunes por la tarde;
»Mr. de Chaulnes me dió de cenar con la come-
»dia de Tartuffe, no muy mal representada y
»un baile en que el paspie y el minué por poco
»me hacen llorar, porque te presentaban tan
»vivamente á mi memoria que no podía resis-
»tir; necesito distraerme. Me hablan de tí con
»frecuencia y no tardo en hallar mis respues-
»tas, porque pienso en ellas al instante y se me
»figura siempre que ven mis pensamientos al
»través de mi corpiño. Ayer recibí á toda la
»Bretaña en mi torre de Sévigné. Asistí tam-
»bien á la comedia; era Andrómaca, que me
»hizo derramar mas de seis lágrimas, lo que es
»bastante para una compañía de la legua....»

»Ya quedas bien enterada, á Dios gracias,
»de tu buen país.»

»Si me preguntas cómo me hallo en las Ro-
»cas despues de tanto ruido, te diré que estoy
»trasportada de alegría y que pasaré aquí por
»lo menos ocho días, á pesar de cuanto hagan
»para obligarme á volver. No te puedes figu-
»rar hasta qué punto tengo necesidad de repo-
»so; necesito dormir, necesito comer, porque
»me muero de hambre en estos festines; nece-
»sito refrescarme; necesito callar; todo el mun-
»do me atacaba y mi pulmón se iban gastando
»demasiado. En fin, hija mia, he encontrado á
»á mi abate, mi perra, mi alameda favorita,
»mis albañiles, todo esto me parece únicamen-
»te bueno en el estado en que me hallo: quan-

«do comience á fastidiarme, abandonaré este sitio.»

XXII.

Vuelta á París, estas cartas cambian de asuntos, y toman otra vez el tono grave con tanta facilidad como habian descendido al tono jovial y burlesco. Allí, es la corte con sus vicisitudes de favor y desfavor; es el juicio mas ó menos acertado sobre los grandes poetas y los grandes oradores sagrados del dia, es la lucha entre la fé y la filosofia, lucha en la que la madre se inclina á la fé pasiva y ciega, y la hija á la religion independiente y razonada; era la discusion que una y otra sostenian sobre sus predilecciones literarias, sus reflexiones sobre los libros leidos á la misma hora en Livry ó en Grignan. Madama de Sévigné toma partido por su madre y da á su hermano bromas, llenas de agrado esquisito y buen gusto.

«¡Ah! ¡pobre espíritu! esclama él, no amas á Homero. Las obras mas perfectas te parecen dignas de desprecio, las bellezas naturales no te conmueven, necesitas el oropel y los corrusculos (alusión á Descartes, autor de que hacia su principal estudio madama de Grignan). Si quieres tener algun descanso conmigo, no leas á Virgilio, porque no te perdonaria jamás las injurias que pudieras decirle. Con todo, si quieres hacerte explicar el libro sexto y el noveno donde está la aventura de Nisus y de Euryalus, y el once y doce estoy seguro de que te agradarán: Turnus te parecerá digno de tu estimacion y de tu amistad; en una palabra, como te conozco, temeria mucho por Mr. de Grignan que semejante personaje arribase á la Provenza; pero yo que soy buen hermano, deseo con todo mi corazón que te acontezca tal aventura, porque si está escrito que has de perder la chaveta, vale mas que sea por esto, que por la *indefectibilidad de la materia y por las negaciones no convertibles* (doctrina cartesiana). Es triste no ocuparse mas que en átomos y razonamientos tan sutiles que no se pueden coger.

«Suceda lo que quiera, te aseguro que mi agradecimiento y mi ternura serán siempre los mismos para tí, querida hermanita mia.»

Corneille, la Fontaine, Bourdaloue, Bossuet, Fenelon, el Ariosto, el Tasso, Petrarca, Montaigne, Boileau, Don Quijote, el Koran, Nicolás, Pascal, y Moliere eran sus favoritos; ella no presentia la grandeza de Racine, disimulada bajo la uniforme perfeccion del estilo, en el poeta jóven todavía que acaba de eclipsar sus antiguas admiraciones. Por otra parte, Racine, enamorado entonces de la Champméle, actriz y hermosura célebre, era el dichoso rival del baron su hijo, prendado de la misma cómica y que le prodigaba su corazón y su fortuna. Las pre-

veniciones de madama de Sévigné contra Racine eran una antipatia de familia. En todo lo demas, su juicio sano era el precursor de el de la posteridad. Aunque habia tomado su partido contra los jesuitas y no obstante su buen humor para con los jansenistas, no dejaba de proclamar á Bossuet y Bourdaloue, como los maestros de la cátedra sagrada, ni de estasiarse con sus sermones. Su devocion sin embargo, conforme en esto á los demas sentimientos de su alma, lo sacrifica todo á su única pasión por su hija; era mas bien una ciencia que una inspiracion, mas un deber de su vida que un impulso de su alma. La fé aprendida formaba su fondo; para nada entraba la piedad tierna, creia mas que adoraba. «Acabo, dice, de clasificar mi pequeña biblioteca en una mañana. He traído aqui unos cuantos libros; hoy los he colocado; no se echa la mano á uno sin que se sienta el deseo de leerlo todo; los de devocion ocupan una tabla entera. ¡Buen Dios! ¡Qué punto de vista para honrar nuestra religion! La otra tabla es toda de historia admirable! la otra de moral, la otra de poetas y de memorias; las novelas han sido despreciadas y relegadas á los armarios pequeños. Cuando entro en este gabinete, no comprendo como me atrevo á salir de él. Seria digno de tí, hija mia!»

XXIII.

Las mas altas cuestiones de metafísica sagrada se deslizan entonces bajo su pluma con la misma flexibilidad de movimiento que los juguetes de su imaginacion. Moderándolas con su sentido esquisito sostiene las teorías sobre la gracia y sobre la accion de Dios en las criaturas, especie de fatalidad cristiana de sus amigos de Port-Royal. Una muger, simple discipula, corrige, explicándolos, á los apóstoles.

«¿Con que lees á San Pablo y San Agustín? He ahí unos buenos obreros para restablecer la soberana voluntad de Dios; no tienen reparo en decir que Dios dispone de sus criaturas. Como el alfarero, las escoge y las desecha; no se andan en contemplaciones para salvar á la justicia, porque no hay otra justicia que su voluntad; es la justicia misma, es la regla, y despues de todo ¿qué debe á los hombres? ¿Qué les pertenece? Nada absolutamente. Les hace pues justicia cuando los deja á causa del pecado original, que es el fundamento de todo, y dispensa un acto de misericordia al corto número de los que salva por su hijo. Jesucristo mismo lo dice:

«Conozco á mis ovejas, yo mismo las llevaré á apacentar; no perderé á ninguna, las conozco y ellas me conocen. Os he escogido,

«dice á sus apóstoles; no habeis sido vosotros los que me habeis escogido á mí.»

«Encuentro mil pasajes en este tono, los entiendo todos y cuando veo lo contrario, digo: Esto es lo que han querido hallar comunmente, como cuando se dice que Dios está arrepentido, que está furioso, así hablan á los hombres, y yo me atengo á esa primera gran verdad, que es toda divina, que me representa á Dios como Dios, como un Señor, como un Soberano Creador y autor del universo, y como un ser en fin perfectísimo, segun la expresion de tu padre (Descartes). He aqui mis humildes pensamientos respetuosos de que no saco consecuencias ridículas y que no quitan la esperanza de ser del número escogido despues de tantas gracias que son las preocupaciones y los fundamentos de esta confianza. Me repugna hablarte de todo esto, ¿por qué me hablas á mí? ¡Mi pluma corre como una loca!»

De estas sublimidades de la metafísica pasa á las bromas mas chistosas y menos maternales sobre los amores de su hijo que entrega á la risa algo amarga de su hermana. Por una fatalidad hereditaria contra el corazón de los Sévigné, esa misma Ninon de Lenelos, que habia robado á los veinte años á Mad. de Sévigné el amor de su marido, le robaba á los cincuenta y cuatro años el corazón de su hijo. La flor de la belleza sobrevivía á los años en aquella cortesana. La fama que gozaba como muger de talento, de buen gusto y de filosofía, y la cual crecia con el número de sus adoradores, era un nuevo motivo de seduccion para Sévigné. Ninon, mas que atractivo, era ya moda, y no habia quien no se envaneciera de dejarse esclavizar por sus encantos. Los hombres mas ilustres por el talento y aun algunos de los mas austeros por sus principios, no se desdénaban de frecuentar su casa. Se ve por las quejas de Mad. de Sévigné á su hija que Racine y Boileau cenaban en casa de Ninon á espensas de su hijo, despues de haber leido por la mañana sus versos al rey y á madama de Maintenon.

Esta doble seduccion en la misma familia á treinta años de distancia volvió á abrir la herida en el corazón de Mad. de Sévigné; se sublevó contra Ninon y se esforzó por avergonzar á su hijo de una pasión tan contraria á la naturaleza.

«Pero ¡qué peligrosa es esa Ninon! escribe á su hija, si supieras como dogmatiza sobre la religion, te horrorizarias. Su celo para pervertir á los jóvenes es igual á un tal Mr. de Saint-Germain, que hemos visto algunas veces en Livry. Se le figura que tu hermano tiene la sencillez de una paloma: se parece á su madre: Mad. de Grignan es la que tiene toda la sal de la casa y no es tan tonta en aparecer con esa docilidad. Alguno pensó tomar tu defensa y quiso quitarle la estimacion que ella te profesa, pero le hizo callar y dijo

«que sabia mas que él. ¡Qué corrupcion! ¿Cómo? ¿por que le pareces bella y de talento, quiere juntar á esto esa buena cualidad, sin la cual, segun sus máximas, no puede ser perfecta? Estoy vivamente afectada del mal que ha hecho á mi hijo sobre este capítulo. No le digas nada: Mad. de la Fayette y yo hacemos nuestros esfuerzos para desembarazarle de un compromiso tan peligroso!»

Mas adelante añade:

«Creo que el capítulo de tu hermano te ha divertido mucho. Ahora disfruta de algun reposo: sin embargo ve á Ninon todos los dias, pero es como amigo. Le llevo á Bretaña, donde espero que le haré recobrar la salud del alma y del cuerpo.»

La ausencia, las tiernas reconveniones de su madre, mas confidenta de sus desórdenes que hoy consentiría la decencia maternal y en fin la guerra, arrancaron á Sévigné del amor de Ninon. Mad. de Sévigné le condujo á Bretaña y distrajo sus pesares con sus conversaciones y sus indulgencias.

XXIV.

Mad. de Sévigné fué en seguida á pasar quince meses en Provenza al lado de Mad. de Grignan, y reconquistó todos los corazones enajenados por la frialdad de su hijo.

«Hace ocho meses que estoy aquí, mi querido primo, escribe á Bussy. Ya os dije el valor que habia tenido para venir de Bretaña; no me he arrepentido. Mi hija es amable, como sabéis, y me ama extraordinariamente. Mr. de Grignan tiene todas las cualidades que hacen agradable la sociedad. Su casa de campo es bellísima y magnífica. Aquí se vive bien, se cria carne y se ven mil personas. Hemos pasado el invierno sin otro pesar que tener al amo de casa enfermo de una fiebre de que á duras penas ha podido sacarle la quina, con ser quina. Al fin está curado. Ha hecho un viage á Aix, donde han tenido mucho gusto en volver á verle. Por otro lado mi hijo ha venido también de Bretaña á tomar las aguas de este pais, donde la buena compañía, que aumenta mucho con su presencia, le hace mas provecho que cualquiera otro remedio. Estamos pues aquí todos juntos. Hay una señorita de Grignan que no conocéis, que ocupa muy bien su lugar. Tiene diez y seis años, es bonita y no le falta talento; pero ya le daremos mas. Todo este conjunto es muy bueno, demasiado bueno; porque veo que los dias se marchan con demasiada rapidez, y los meses y los años, sin que pueda retenerlos. El tiempo vuela y me arrastra apesar mio; he querido retenerle, y él es el que me lleva consigo, y este pensamiento me infun-

»de pavor. El joven Grignan ha pasado el invierno con nosotros; esta primavera ha tenido calenturas; no hace mas que quince dias que ha vuelto al regimiento. Todavía se halla en los secretos de la Providencia saber cuando partiremos para París.»

Desde allí volvió á París, y de París á las Rocas. La Bretaña estaba entonces agitada con las sublevaciones de los campesinos, causadas por la miseria pública. Los términos en que Mad. de Sévigné se espresa sobre los suplicios en masa que se imponían á los desgraciados bretones son mas que crueles, son ligeros; el aire de la corte habia endurecido su alma para los padecimientos del que consideraba inferior á ella. Aquella muger tan sensible á la menor sombra de pesar en el destino de su hijo se rie de las horcas donde las tropas del rey cuelgan á los desgraciados campesinos arrojados delante de sus verdugos y que no saben siquiera la lengua de sus opresores. Es menester arrancar estas hojas de la correspondencia de Mad. de Sévigné para creer en su sensibilidad. Una muger que halla en el espectáculo de estos suplicios agrados de estilo para divertir á su hija puede ser madre, pero no es ya muger. Apresurémonos á correr un velo sobre esta mancha que afea sus cartas.

XXV.

La felicidad de estar cinco años reunida á su hija interrumpe la obra de su vida, escribir y llorar. Casa á su hijo con una joven heredera de Bretaña, que aparta al baron de Sévigné de los extravíos de su juventud y le conduce á una vida honesta, retirada en su felicidad y casi ascética, llegando á ser uno de los mas fervientes y austeros discipulos de los amigos de su madre en Port-Royal. Mad. de Sévigné sola ya reparte su vida entre París, Livry y las Rocas, y vuelve á hallar en este recogimiento las fuentes de su sensibilidad y las gracias tristes de su estilo.

En aquella época escribía:

«Hemos gozado aquí los dias mas hermosos del mundo hasta la vispera de Navidad. Estaba al extremo de la alameda grande, admirando la belleza del sol, cuando de repente vi asomar por poniente una nube negra y poética, donde fué á sumergirse el sol, y al mismo tiempo una niebla espesa y horrible que me hizo huir. No he salido de mi habitación ó de la capilla hasta hoy que la paloma ha traído la rama de olivo. La tierra ha reconocido su color, y el sol volviendo á salir de su agujero hará tambien que vuelva á emprender el curso de mis paseos, porque puedes tener por seguro, hija mia, puesto que tanto amas mi salud, que cuando el tiempo

está malo, me lo paso al lado del fuego leyendo y hablando con mi hijo y su muger.»

En esta soledad perdió poco interés su existencia, porque era de esas almas de temperatura tibia, á las que la vejez quita poco calor aumentando su serenidad. La única pasión, ó mas bien el único instinto que habia tenido en toda su vida era su instinto de madre, que creció en vez de disminuir en la muger con los años. Cuanto menos se vive en sí, mas se vive en los hijos. Su vida no se agotaba, sino que se trasegaba á otros.

En tal disposición de ánimo no se siente el vacío, porque el corazón que no se ha desbordado jamás está siempre lleno. La amistad basta á la temperatura de semejantes almas. Madama de Sévigné tenia muchos amigos con quienes hablaba por medio de cartas sobre todas materias, á escepcion de su hija; su vida no habia sido mas que una conversacion de setenta años. Un solo hombre, entre estos numerosos correspondientes, fué el que logró comunicarle á su alma el calor de la verdadera amistad, este hombre era Corbinelli. Este nombre es el que se encuentra con mas frecuencia en sus cartas.

Corbinelli era uno de esos hombres raros que parece haber creado la naturaleza para ser espectadores benévolos de las cosas humanas, sin tomar jamás en ellas otra parte que la curiosidad del espectáculo y el interés que dan á los autores. Estos hombres modestos, pero necesarios, se asemejan á los confidentes de las comedias; escuchan, están allí en la escena para llenar el vacío del teatro y contestar á los personajes; necesitan de tanta inteligencia y finura como los primeros papeles, pero no necesitan de tanta pasión, y los aplausos no son para ellos.

Corbinelli no tenia nada de esa vanidad francesa que quiere ser considerada; le bastaba gozar. Italiano de nacimiento, indiferente como un extranjero, literato como un florentino de la gran época filosófica y poética de Leon X, llevado á Francia por el cardenal Mazzarino, empleado algunos años en Roma por aquel ministro en negociaciones secundarias, en que habia adquirido el secreto de las grandes cuestiones políticas resueltas por su habilidad sin aparentar el menor mérito, ni obtener su recompensa, Corbinelli habia permanecido en París viviendo con una módica pensión, no apeteciendo mas sino que le dejasen tiempo y espacio para dedicarse á sus estudios favoritos. Cultivaba por sí mismo las letras, la antigüedad, la historia, la filosofía, la sociedad eminente de su tiempo. Era un *Saint-Evremond* italiano, igual á los mas grandes ingenios, pero temiendo la pena que lleva consigo la investigacion de la gloria, y encerrándose por pereza tanto como por falta de ambición en el papel de aficionado. Habia sido uno de los primeros en sentir la exquisita superioridad

de gracia ática en Mad. de Sévigné, y habia hecho de ella su *Beatriz*. Su admiracion, su asiduidad y su culto que no pedia recompensa alguna, le habia dado sin embargo, cierta intimidad en la casa, haciéndose el hombre necesario; encantada primero de su talento Mad. de Sévigné, y agradecida luego á su constancia y desinterés, habia acabado por hablar y por sentir con libertad delante de él: todo corazón que late fuertemente en el pecho tiene necesidad de oírse en otro corazón. Corbinelli era el eco del espíritu, del alma y de la vida de Mad. de Sévigné, y participaba por complacencia ó por prevención hasta en sus adoraciones maternales para con su hija. En París veía Corbinelli todos los dias á Mad. de Sévigné; la seguía algunas veces á Livry ó á las Rocas; ausente, la escribía ó recibía frecuentes cartas. El imperio de su amiga sobre él era tan dulce que no se consideraba esclavo por estar sometido á todos sus gustos; este imperio era tan absoluto, que en la época en que Mad. de Sévigné se hizo devota, Corbinelli se hizo místico, y la siguió como el satélite sigue al planeta, desde las disipaciones mundanas de la juventud hasta el ascetismo de *Port-Royal* y al pie de los altares.

Tal era el principal amigo de Mad. de Sévigné; si se quitara de sus cartas el nombre de ese amigo, se mutilaria este monumento; está incrustado hasta en el corazón y lo merece. Es preciso no privar á tales amistades y adhesiones de su única gloria, la gloria de haber amado. Corbinelli, cuya existencia se prolongó desmesuradamente con la dulce filosofía y la amable indiferencia de sí mismo, sobrevivió á su amiga como hubiera sobrevivido á su propia vida, y no murió hasta la edad de ciento cuatro años. Los sentimientos dulces vivifican al hombre.

XXVI.

Los de Mad. de Sévigné eran demasiado vivos para que no fuese consumida por ellos. Un solo pensamiento la perseguía tenazmente hasta en sus retiros. La vida de su hija, madre ya tambien como ella, agitada por la ambición, mortificada por la prodigalidad de Mr. de Grignan, se reflejaba dolorosamente en la suya. De vez en cuando tenia algunos gritos de alegría, pronto trocados en reflexiones y en lágrimas, á la vista de los sitios que llenaba para ella la imagen de su hija.

«Heme aquí, hija mia, le escribe desde la Sillerie en sus últimos años, heme aquí en un lugar donde estuviste un dia conmigo; pero no está conocido, no hay piedra sobre piedra de lo que entonces habia.»

Y al volver á las Rocas, le dice:

«He hallado los bosques de una hermosura

»y tristeza extraordinaria: todos los árboles que has visto pequeños se han hecho grandes y derechos, y hermosos hasta la perfeccion. Son muy altos y dan una sombra agradable; tienen de cuarenta á cincuenta pies de altura. Hay un cierto aire de amor maternal en estos detalles: considera que los he plantado todos y que los he visto, como decia Mr. de Montbazon, no tan grandes como ahora (Mr. de Montbazon acostumbraba á decir esto de sus propios hijos). Esta es una soledad hecha expresamente para meditar: yo pienso en tí á todas horas; te echo de menos y deseo verte. Tu salud, tus negocios, tu alejamiento ¿qué piensas tú que ha de hacer todo esto á la caída de la tarde? Conservó estos versos en la cabeza:

¿Bajo qué astro cruel has dado á luz
El objeto infortunado de tan tierno amor?

«Es preciso mirar la voluntad de Dios muy fijamente para considerar sin desesperacion todo lo que veo, de que seguramente no te hablaré... El otro dia encontré una carta tuya, en que me llamabas *mi buena mamá*; tenias diez años, estabas en Santa María y me contabas la vuelta de campana de Mad. Amelot, que desde la sala se encontró en la cueva. Habia ya buen estilo en esta carta. He hallado otras mil, que se escribian entonces á la señorita de Sévigné; todos estos hallazgos son felices para hacerme acordar de tí, porque sin esto ¿dónde habia de tomar mis ideas?

«Hacemos una vida tan arreglada, prosigue, que no es posible pasarlo mal; nos levantamos á las ocho, y hasta las nueve que tocamos la misa voy generalmente á tomar el fresco de los bosques. Despues de la misa, nos vestimos, nos damos los buenos dias, volvemos á coger flores de naranjo, comemos, leemos ó trabajamos hasta las cinco. Desde que no tenemos ya á mi hijo, soy yo la que leo para no fatigar el delicado pulmon de su muger. La dejo á las cinco, me voy á mis amables alamedas, tengo libros, cambio de lugar, vario la direccion de mis paseos. Un libro de devocion, otro de historia; así paso del uno al otro, y esto forma una distraccion; pensar un poco en Dios, en su providencia, poseer su alma, meditar en el porvenir; en fin á las ocho, oigo la campana que me llama á cenar. Algunas veces estoy lejos; encuentro á mi muger en su hermoso parterre y cenamos juntas al anochecer. Vuelvo con ella á la plaza de *Coulanges*, en medio de sus naranjos. Miro con ojos de envidia el *santo horror de los bosques*, al través de la hermosa puerta de hierro que tu conoces.

«Hay un eco, un pequeño repetidor palabra por palabra hasta en el oído.»

Se vé que queria decir hasta en el corazón. El eco existe todavía, dice Mr. de Walsle, au-

tor de una biografía de las más notables de Mad. de Sévigné. Una losa de mármol en el parterre indica á los peregrinos de las Rocas el sitio donde es necesario pronunciar el nombre que aquella madre le enseñó para que lo repitiese.

XXVII.

Aquellas eran también las últimas horas de la tarde serena de Mad. de Sévigné: duraron diez y seis meses. Luego vino la muerte, la muerte verdadera, natural, después de tal vida, la muerte de una madre que se sacrifica por su hija y muere en su lugar.

Mad. de Sévigné supo en las Rocas que su hija estaba enferma en el castillo de Grignan en Provenza, de una de esas enfermedades sordas y lentas que son como lazos ocultos de la vida; partió para Grignan en una estación rigurosa y olvidándose de sí misma, se consumió durante tres meses de vigiliat á la cabeza del lecho de Mad. de Grignan, como lo habia hecho al lado de su cuna. Al cabo de estos tres meses de vigiliat y de insomnios tuvo la satisfacción de volver á su hija á la vida, pero habia dado la suya en cambio. Su ternura sola parecia haber retenido en ella la vida que la convalecencia de Mad. de Grignan dejó huir como sin objeto ya sobre la tierra. Se estinguió el 16 de abril de 1696 en los brazos de su hija y rodeada de sus nietos deshechos en lágrimas. Su última mirada vió á aquella hija resucitada por sus cuidados recoger su alma. Fué sepultada en la capilla del castillo de Grignan; pero su verdadera y viva sepultura son estas cartas; su cuerpo está en Grignan, pero su alma está aquí.

XXVIII.

No lejos de su sepulcro, se muestra á los viajeros su gruta querida de *Roche Courbiere* en cuyos costados las raíces de una higuera brotan todavía algunas ramas contemporáneas de la visitadora de Grignan; á la entrada de esta gruta y á la sombra de esta higuera es donde le gustaba sentarse para escribir. Este sitio se halla cerca de esas grutas de Vaucluse, ilustradas por Petrarca, poeta que adoraba, porque como ella no habia vivido más que con un solo pensamiento. Mad. de Sévigné, á escepcion de la poesía, es en efecto el Petrarca de la prosa en Francia. Como él, su vida no ha sido más que un nombre y ha conmovido á millares de almas con las palpita-

ciones de un solo corazón. Como él, no debe su gloria sino á un solo sentimiento.

XXIX.

Tal fué la vida sin acontecimientos de aquella muger que no tuvo otra historia que la que pasa entre el corazón y el espíritu en la estancia de una madre que piensa en su hija ausente. Pesares, lágrimas, ternuras, viages, previstos, vueltas esperadas, reuniones apasionadas, pero silenciosas, confianzas de familia cuyo interés no traspasa ordinariamente el umbral de la casa, descripciones de los lugares y sitios amados por sus recuerdos, conversaciones con los amigos y los vecinos, un eco frecuentemente lejano de los rumores de la corte, habladurias á puerta cerrada de un siglo inmortal, en fin una muerte dulce después de una vida sin drama; he aquí toda su existencia. Es monótona como el canto de una nodriza que mece á su hijo desde la cuna hasta la muerte, y sin embargo el mundo no se cansa de escucharlo. Las reputaciones de los guerreros, de los ministros, de los poetas, de los oradores sagrados de aquellos tiempos sufren las vicisitudes de la posteridad, y se hunden más ó menos pronto en la bruma de la distancia; pero la persona y las cartas de madama de Sévigné no han cedido ni una palpitation ni una página al tiempo; se buscan los binetes más pequeños en los archivos de las familias con quienes estuvo relacionada aquella muger memorable como tesoros, y el descubrimiento de una correspondencia de la habladora solitaria de las Rocas no causaría menos emoción á los eruditos que al descubrimiento de un libro truncado de *Tácito*. ¿Por qué sucede esto? Porque el corazón humano es más simpático que curioso y porque los secretos de la ternura de una madre para su hija, cuando son sorprendidos en la naturaleza y grabados por el genio del sentimiento, tienen tanto interés para nosotros como los destinos de un imperio. Entrad en lo interior de todas las casas, mirad sobre la piedra de una chimenea el título del libro más generalizado y más gastado por la mano de los lectores de la familia, y hallareis veinte veces contra una la correspondencia de Mad. de Sévigné. Las obras maestras del espíritu humano ceden el paso á esa conversacion eterna. Es el clásico de las puertas cerradas.

XXX.

Sin embargo este es el libro de la vejez más que de las virtudes añejas de la vida. No

tiene bastante pasión para la juventud. Para recrearse con él es necesario que el primer calor de la vida se haya estinguido ó amortiguado en nosotros por la edad avanzada. Es el libro de la tarde, no de la mañana; tiene la luz suave, las sombras, las meditaciones, los ocios vagos y la serenidad del sol que declina á su ocaso. Conviene á esa hora, en que los hombres cesando de desear, marchar y obrar se sientan delante de la puerta ó al lado del fue-

go para hablar á media voz acerca de las cosas y personas que pasan, sin tener tentacion de mezclarse con ellas. Es menos la vida que la conversacion sobre la vida. Este libro alivia y da respiro después de las emociones del corazón y de los días. Es el libro del reposo.

Sin embargo hay una leccion en ese libro y en esa vida de Mad. de Sévigné. Las madres aprenderán á amar tanto, y las hijas más